

WOLF, Phillipe, L' étude des économies et des sociétés avant l'ère statistique.

(En: l' Histoire et ses méthodes, sous la Direction de SAMARAN, Charles, volume XI de l' encyclopédi de la pléiade) Bruges, Editions Gallimard, 1973.

Traducción: Lic. MIRIAM A. GALLEG0 DE LOMBAN.

### I Parte

El auge que tiene actualmente la "historia económica y social" es en realidad una manifestación del desarrollo de la civilización. Es porque, desde mediados del siglo XIX, la evolución económica se ha acelerado, colocando en primer plano los problemas sociales, que el interés de los historiadores se ha volcado con predilección hacia este aspecto del pasado humano.

Es posible, sin duda, que remontándonos al siglo XVIII o aún' más allá, encontraremos algunos genios que han presentado la importancia de esta rama de los estudios históricos. "Yo quería descubrir, - afirmaba Voltaire en su Ensayo sobre las costumbres (Essai sur les moeurs)-, cómo era la sociedad de los hombres, de qué forma se vivía en el interior de las familias, qué artes se cultivaban, más que repetir tanto de desgracias y de combates, funestos objetos de la historia y lugares comunes de la maldad humana".

Recordando los primeros volúmenes de su Historia de Francia (Histoire de France), publicados a partir de 1833, Michelet podía declarar: "Aquí, aún, estoy obligado a decirlo, yo estaba solo. No se daba más que la historia política, los actos de gobierno, algo

de las instituciones. No se tenía en cuenta lo que acompaña, explica, funde en parte esta historia política, las circunstancias sociales, económicas, industriales, aquéllas de la literatura y de la idea". Declaración tanto más remarcable cuando hay que señalar que es al carácter "mercantil" de los últimos siglos medievales a los que se refería Michelet. No es cuestión de dar aquí una lista exhaustiva. Mencionemos aún al P. Le Grand d' Aussy, al final del siglo XVIII, y Aman-Alexis Monteil, quien lanzó, para tomar la posición opuesta, la fórmula de "historia de batallas". Sabemos que los documentos y los métodos no estaban aún a la altura de tan buenas intenciones. Era por intuición, una intuición genial, que procedía Michelet.

Con la crisis de 1848, la historia económica iba, a la vez, a realizar nuevos progresos y a afirmar, de entrada, sus más vastas pretensiones científicas. Se sabe cómo el pensamiento de Marx y de Engels, en formación en los años que preceden a la revolución de 1848, terminó de precisarse a la luz de ésta y de su destino. Marx la puso enseguida en aplicación, buscando en el 18 Brumario de Luís Bonaparte (le 18 brumaire de Louis Bonaparte) cómo "la lucha de clases en Francia ha creado circunstancias y situaciones tales que han permitido a un personaje mediocre y grotesco jugar un rol histórico". Bastará recordar algunas ideas esenciales del materialismo histórico.

La estructura económica subyacente (Unterbau), basada sobre los modos de producción, determina las instituciones jurídicas y políticas, los hechos intelectuales, las creencias religiosas, todo eso que constituye la superestructura (Oberbau). Por lo tanto, un análisis de esta estructura económica permite extraer una ley esencial: la importancia preponderante de la "lucha de clases", fenómeno que, bajo formas diversas, se

se ha manifestado siempre y se ha, poco a poco, simplificado para desembocar en la lucha del proletariado contra la burguesía. Las fases de esta lucha multiseccular se suceden según una marcha dialéctica de la historia: en cada fase, la dominación de una clase está minada por las contradicciones internas, que provocan, finalmente, su caída. Los conflictos ideológicos no hacen más que recubrir estas contradicciones y estas luchas, y resaltar las relaciones, más o menos disimuladas, entre unas y otras, es de lo que debe ocuparse la historia de la cultura. Pero la victoria definitiva del proletariado y, por ella, el establecimiento de una sociedad sin clases -- síntesis suprema-- es hacia lo que tiende esta marcha dialéctica. Sistematizada así, la búsqueda histórica toma realmente un carácter científico; supera la simple colección de hechos sin lazos orgánicos entre ellos. Extrae leyes. Permite clasificar los hechos, señalar los más significativos, aquéllos que tienen un carácter "progresivo". Establece también una previsión para el futuro. A este rigor científico, el materialismo histórico afirma, además, extraerlo sin por ello deshumanizar la historia: porque, transformando las condiciones económicas de su existencia, el hombre se transforma a sí mismo. Y se hace a través de la historia. "Toda la pretendida historia del mundo no es más que la producción del hombre por el trabajo humano, así pues, el devenir de la naturaleza del hombre". Y la aparición de un hombre nuevo será el resultado final y esencial de la revolución comunista. En nuestros días, la búsqueda histórica conoce un gran desarrollo en los países de "democracia popular".

Comienzan a realizarse confrontaciones entre historiadores marxistas y no marxistas. Un diálogo difícil y a menudo, patético se entabla. Los marxistas reprochan

a los historiadores "occidentales" de carecer de una formación teórica y de representar a una concepción de la historia superada, desde el punto de vista metodológico. La crítica les es devuelta acusándolos de abordar la investigación histórica con un arsenal de concepciones filosóficas pre-establecidas, elaboradas en una época en la que la historia económica estaba en su primera infancia, válidas, puede ser, para explicar una situación histórica dada --los fenómenos sociales ligados a la revolución industrial del siglo XIX --pero sin valor científico general.

Sin atribuir a la economía un carácter tan fundamental y determinante, numerosos historiadores, tocados por la importancia que tiene en el devenir humano, en el curso de la segunda mitad del siglo XIX, han elaborado las primeras grandes obras de la historia económica. Este esfuerzo ha sido particularmente intenso en Alemania: los Inama - Sternegg, Karl Lamprecht, Karl Bücher... se han inclinado a explorar la economía pasada de Alemania. Entre ellos, preocupaciones de teóricos concientemente se mezclaban a la simple búsqueda histórica. Para un Karl Bücher, como lo señalaba Henri Pirenne en el prefacio a la traducción francesa de sus "Estudios de historia y de economía política, (Etudes d'histoire et d'Economie politique), la historia era sobretodo "un arsenal de hechos... gracias a los cuales es posible verificar y rectificar los temas de la economía política abstracta". La más majestuosa de estas construcciones histórico-teóricas, montada fuera de estrictas perspectivas marxistas, fue sin duda el Capitalismo moderno (Der moderne Kapitalismus) de Werner Sombart. Henri Pirenne, él mismo, se ha formado en el seno de esta escuela alemana.

Sin embargo, Inglaterra y Francia no permanecieron extrañas a este esfuerzo: la obra de un Sir William

Ashley, la de un Emilio Levasseur, entre otros, están para testimoniarlo. Al comienzo del siglo XX, los autores y las obras se multiplicaron. Grandes revistas comenzaron a coordinar los esfuerzos de la "Zeitschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte" fundada en 1893, y de la "Revista de historia de las doctrinas económicas y sociales" (1908), a los "Anales de historia económica y social" que lanzaron en 1929 Marc Bloch y Lucien Febvre. En ese tiempo, la nueva disciplina había conquistado su dominio y comenzado a transformar a la historia en general. Era ser considerado como representante de una tendencia superada afirmar, como Charles Seignobos en 1924, en el prefacio de su "Historia política de Europa Contemporánea" (Histoire politique de L'Europe contemporaine), que la crisis atravesada por Europa después de 1914 obligaba "a reconocer a qué punto los fenómenos superficiales de la vida política dominan los fenómenos profundos de la vida económica, intelectual y social".

He aquí lo que nos lleva a nuestro punto de partida, Es, sin ninguna duda, la reflexión sobre el mundo en el seno del cual estaban sumergidos lo que ha incitado a los hombres a volcarse hacia la historia económica y social, para de allí extraer, ya sea una visión más completa y más exacta del pasado, ya sea un principio de aplicación universal. No hay ni que asombrarse de ello ni que lamentarlo. Ya ha pasado el tiempo en el que se quería que el historiador fuera un ser tan apartado de las tendencias de su medio, tan impersonal como fuera posible, y uno creía esta exigencia realizable.

#### PROBLEMAS DE DEFINICION

¿Cómo definir a la "historia económica y social"? Este nombre encierra un equívoco en sí mismo. Historia

Económica, Historia Social. ¿Qué lazos, más o menos estrechos, entre estas dos ramas, hará aparecer nuestra definición?. Sin ninguna duda, la historia económica no se define solamente por su objeto: las actividades económicas del hombre. No es ni esa historia de las doctrinas económicas, a que corrientemente se la ha querido reducir, ni esta simple descripción de "hechos económicos", en la que muy fácilmente se refugiaron los historiadores no especialistas en economía: enumeración de producciones, de bienes intercambiados, de precios y salarios elegidos más o menos al azar... Ella se define igualmente por un método. Partiendo, cierto, de una descripción tan concreta y geográfica como sea posible, debe conducirla en el sentido de un análisis de las estructuras de la economía: desde las células de base, las unidades de explotación, dominios rurales, talleres, empresas comerciales, bancas... (micro-economía), a las condiciones generales de funcionamiento del sistema (macro-economía). Debe, además, hacerse "dinámica", seguir la coyuntura, es decir, las fluctuaciones a más o menos largo término, y entre ellas distinguir las que corresponden a simples modificaciones del equilibrio de aquellas que traducen una evolución más profunda del sistema.

Desalentados por el aparato de cálculos y gráficos de que se compone, inevitablemente, todo estudio de este tipo, muchos historiadores se han inclinado por la historia social -una historia social que se ha, ella misma, poco a poco desgajado de la historia de las doctrinas sociales- y que seduce, de primera intención, por su aspecto más aparentemente humano. A fines del siglo XIX se difundió la creencia de la posibilidad de aislar lo "social". Es entonces que se desarrolló la sociología. No pueden los historiadores, tratar de enriquecer

historia con estos progresos, como ya se ha beneficiado con los de la ciencia económica?. En efecto, la práctica de la historia social no muestra demasiado la imposibilidad de separar lo económico y lo social. Ya sea que se trate de estudiar, en el pasado, el reparto de riquezas en el seno de un medio dado, la delimitación de las clases sociales y sus relaciones entre ellas, o el comportamiento de grupos sociales más pequeños, la historia social debe ser, al mismo tiempo, económica, bajo pena de faltarle base sólida. Justamente, se lo ha notado: "El progreso económico, cualquiera sea la influencia que tenga sobre él el progreso social, sin embargo, lo precede" (Ch. Morazé, "Introducción a la historia económica") (Introduction à l'Histoire économique)

Nosotros no creemos en la posibilidad de aislar lo económico de lo social. Todo estudio de una sociedad, de un grupo humano, debe hacerse, a la vez, desde su doble punto de vista. Lo que en definitiva, asegura la unidad de la historia económica y social, es su sujeto esencial, que es "el hombre medio". Opuesto al individuo más o menos excepcional, al gran hombre en el estudio del cual se ha, largo tiempo, complacido la historia política, nosotros entendemos por "hombre medio" al representante de un grupo social más o menos vasto, de su régimen económico, de su status jurídico, de sus hábitos mentales. Así, la historia económica y social aparece esencialmente como una ciencia de síntesis. Ella apela a métodos comparables a aquellos de disciplinas más especialmente consagradas al estudio del presente: ciencia económica, sociología, geografía humana, demografía, etc.

Pero aquí intervienen una nueva serie de cuestiones previas. Son las realidades de nuestro tiempo, hemos dicho, las que han enseñado a los historiadores la importancia de lo económico y de lo social. Pero, no

los han tentado a exagerar ésta importancia para períodos más antiguos, de proyectar en el pasado su visión del presente, de cometer un verdadero anacronismo? Esta historia económica y social, ¿hasta dónde es legítimo hacerla remontar?.

Y, además, un material estadístico suficientemente rico, ¿no es indispensable para el historiador de la economía y de la sociedad, definida como hemos tratado de hacerla?. No es vano querer construir una historia económica y social anterior a la era estadística? Así parecía pensarlo Charles Morazé, en otro pasaje de su "Introducción a la Historia económica" (Introduction à l'Histoire économique). "Nosotros no pensamos que pueda haber actualmente un gran interés en impulsar una disciplina propia de la historia económica para el estudio de los grandes problemas humanos hasta el límite de los tiempos modernos". Las razones de este escepticismo aparecen fácilmente. Ellas son de orden práctico: para el estudio de períodos antiguos, ¿acaso el historiador no debe adquirir el dominio de lenguas y de ciencias auxiliares (papirología, epigrafía, paleografía, diplomática...), que no le dejan el tiempo ni la posibilidad de iniciarse en la ciencia económica, de la que no extraería, además, más que un mínimo provecho?. Y, por sobre este argumento práctico, hay allí una verdad más profunda: ¿el cambio de la naturaleza de la documentación, la aparición de la estadística no significa, justamente, una transformación de estructuras, al menos mentales?. El mundo donde se produce este cambio, ¿no está en vías de adquirir un "economismo" que legitime que se le aplique una historia estrictamente económica?.

Seguramente es difícil precisar el tiempo donde la constitución de una historia propiamente económica

comenzaría a hacerse legítima. El nacimiento del espíritu estadístico es generalmente ubicado por los historiadores hacia fines del siglo XVII: de ese nuevo estado de espíritu son característicos hombres tales como Vauban, Boisguilbert en Francia. Se extiende al siglo XVIII y los métodos estadísticos se perfeccionan en el curso del siglo XIX. Pero de hecho la documentación cifrada aparece antes con abundancia suficiente para que importantes trabajos de historia estadística hayan podido ser consagrados al siglo XVII, o al XVI. El siglo XVI es gustosamente tomado como punto de partida de la verdadera historia económica: Michelet veía en él ya una gran variable de la civilización; más recientemente Henri Hauser señalaba su "modernidad", Simiand lo adoptaba para comienzo de sus estudios. Ciertamente, la cantidad de monedas, de mercaderías..., entonces crece mucho, ligadas con los grandes descubrimientos, y los espíritus toman mejor conciencia de los fenómenos económicos y de su importancia. Pero, ¿no hay algún peligro en marcar demasiado esta "modernidad"? ¿No es cortar al siglo XVI de sus bases medievales, y verlo nada más que bajo uno de sus colores ?.

Nosotros queríamos insistir aquí más sobre el carácter progresivo de la evolución que ha conducido a nuestro mundo y a su "economismo": carácter que no excluye ni fases de desarrollo más rápido, ni retrocesos. Por otra parte, que el "economismo" no sea el hecho de los siglos medievales o antiguos, esto mismo se explica por las condiciones que presidían entonces a la producción y a los intercambios. Así, el historiador de la Edad Media o el de la Antigüedad se encuentra, él también, solicitado por problemas que son bien de historia económica. El no puede evitarlos, y no sabrá resolverlos más que armado de un mínimo de formación especializada.

Lo que es cierto es que, cuando más lejos él remonte en el pasado, (o en el espacio), más grande será, en su formación, la parte de ciencias auxiliares, y más importante el capital técnico del que deberá estar munido para sus investigaciones; pero un poco de ciencia económica no podrá estar excluida. Simple cuestión de proporción.

Que, por otra parte, la influencia de lo económico y de lo social no se hayan ejercido en el siglo VI° o en el siglo XIII° de nuestra era, de la misma manera, según los mismos ritmos, ni con la misma fuerza constructiva que en nuestro siglo XX, esto es bien cierto. Pero la postura del hombre sobre la realidad, el alcance de sus decisiones políticas han variado también. ¿quién sabrá decírnoslo, con la finura y la precisión requeridas, sino el historiador de las economías y de las sociedades, a condición de que él se prevenga contra la tentación de transportar al pasado una visión demasiado moderna ? Esta tarea se impone, pero si está de acuerdo de no ilusionarse sobre los resultados que le deje esperar el estado de la documentación.

Nuestro objetivo será, precisamente, presentar aquí este estudio de las economías y de las sociedades para los períodos en los que el historiador no dispone aún de un material estadístico abundante - digamos, entre aquéllos donde la historia es dominada por la arqueología y aquélla donde ella aparece dominada por la estadística. Nosotros seremos llevados a tomar nuestros ejemplos sobre todo de la Edad Media y de comienzos de los Tiempos Modernos (para adoptar una terminología clásica). Si el desarrollo de los trabajos y el estado de nuestros propios conocimientos nos permitían de crear aquí las condiciones de la India y del Extremo Oriente, por ejemplo, nosotros deberíamos, sin duda,

situarnos en una zona cronológica mucho más vasta. En ese marco, ¿cómo se presenta la documentación de la que dispone nuestro historiador? ¿Qué problemas de método se le presentan? ¿Qué realizaciones recientes aparecen particularmente notables? ¿Qué grandes debates han abierto estas búsquedas?